



Mariano Latorre en el recuerdo

CHILE entero, en su naturaleza física y social, se sintió conmovido hasta en sus fibras más hondas cuando ya en un lejano 18 de noviembre de 1966, Mariano Latorre dijo adiós a su tierra bienamada, a esa melódica cantarina de los pájaros, al paisaje siempre azul de nuestros mares... Si, Mariano Latorre, el que fuera artillo indiscutido de nuestra poesía campesina, había muerto placidamente, como lo fue a lo largo de toda su vida, en esa delicada conjunción de hombre y poeta.

Como abanderado de la causa literaria, jamás supo claudicar de su doctrina. Por el contrario, su amor por el ejercicio de las letras lo llevó a erigirse en una de las cimas más altas de nuestro parnaso literario, dejándonos, para honra de nuestras letras, el rico filón de su escuela criollista. De sus 70 años, 58 los dedicó a cantar, con profundo acento chileno, la poesía pujante de nuestros campos, el parloteo desigual de nuestros pájaros, esa distante y serena belleza de nuestros mares... Viajero ilusionado de la vida, hacia de su errabundia el mejor álbum para anotar, con la curiosidad de un niño, hasta los detalles más nimios de lo que ocurría ante sus ojos. No se conformaba con escuchar el acento dolorido de nuestros árboles, cuando el viento los golpeaba en sus ramajes; iba hasta ellos en misión de amigo, y allí, junto a sus sombras veneradas, trataba de comprender sus aéreas congojas.

Otras veces descendía hasta la hondonada de los valles, para conversar largamente con el canto de los ríos, con el lenguaje de los pájaros e insectos, hasta socializar su alma con ese mensaje múltiple que la naturaleza le entregaba, así tan mansamente...

Para él, la esencia o motivo central de las cosas, nunca fue otro que la naturaleza. Alrededor de ella siempre hizo girar el reducido número de sus personajes, los cuales aparecen así un tanto deshumanizados, como fuera de foco, ante la reciedumbre, esa ampulosidad de conceptos con que nuestro autor se solaza, describiéndonos, por ejemplo, la belleza imperceptible de la araña que teje su tela solitaria, el susurrar del viento perdido en los cañaverales, la encendida hoguera donde el sol se nos muere cada tarde... Cada una de sus páginas son lecciones vivas de geografía poética, de ese mundo siempre en

florescencia de nuestra flora y fauna pintorescas. Podríamos decir que la obra total de Mariano Latorre, entre otras muchas de sus cualidades, acusa, también, un acentuado carácter didáctico. Prueba de ello es que no hay libro de lectura que no engalane sus páginas con un motivo escrito por nuestro autor. Conviene acotar que la obra de chilénidad sostenida por Mariano Latorre es quizás la que más abunda en nuestro espíritu nacional (recuérdese su magnífico cuento "Risquera vana"), porque nadie, como él, ha sabido lograr que la naturaleza física de la patria haya sido cantada con más cariño, devoción y sentido criollista.

Si grande nos parece Latorre como poeta del paisaje chileno, no es menos interesante su figura en su dimensión humana. Había en él, conjugándose, en simbiosis perfecta, el vello de la

espiritualidad, con su acendrado don de gentes. Fue, sin duda, un maestro ideal de juventudes. En su naturaleza, siempre alegre, no sabía diferenciar ese trato que, en la calle o en el café, solía otorgar a sus amigos, con su paternal apostura de maestro, ante aquellos que fuéramos sus alumnos. Sus clases en el viejo Pedagógico de la calle Cumming, no tuvieron jamás ese rigor de estridida prorepta que hace tan terribles e impopulares a nuestros catedráticos. Por el contrario, él, por su espíritu animoso, dicharachero e impagable "causer", era un alumno más en el curso. ¡Cuántas veces, discutiendo el sentido estético de sus obras, llegábamos a censurarlo acrememente, pero él, lejos de ofenderse o montar en cólera, imponiéndose incluso el ascendiente de su ya reconocido prestigio, aceptaba nuestras críticas con el mismo entusiasmo del aprendizaje que se sabe con alma de maestro! Su mayor aspiración, nos confesaba, era escribir, algún día, como el seráfico autor de "Noche Serena". Ahora, cuando ya han pasado algunos años de esas confesiones tan íntimas, podemos decir, y para orgullo nuestro, que Mariano Latorre cumplió con su promesa, pues en la prosa de sus últimas obras como "Los siete paisajes de Chile", "El caracol", "La isla de los pájaros", etc., existe ese equilibrio de la forma, la rotundidad expresiva y, por sobre todo, una sinceridad de alma a toda prueba.

Miguel Angel Diaz

Mariano Latorre en el recuerdo [artículo] Miguel Angel Díaz.

Libros y documentos

AUTORÍA

Díaz, Miguel Angel, 1925-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Mariano Latorre en el recuerdo [artículo] Miguel Angel Díaz.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile